

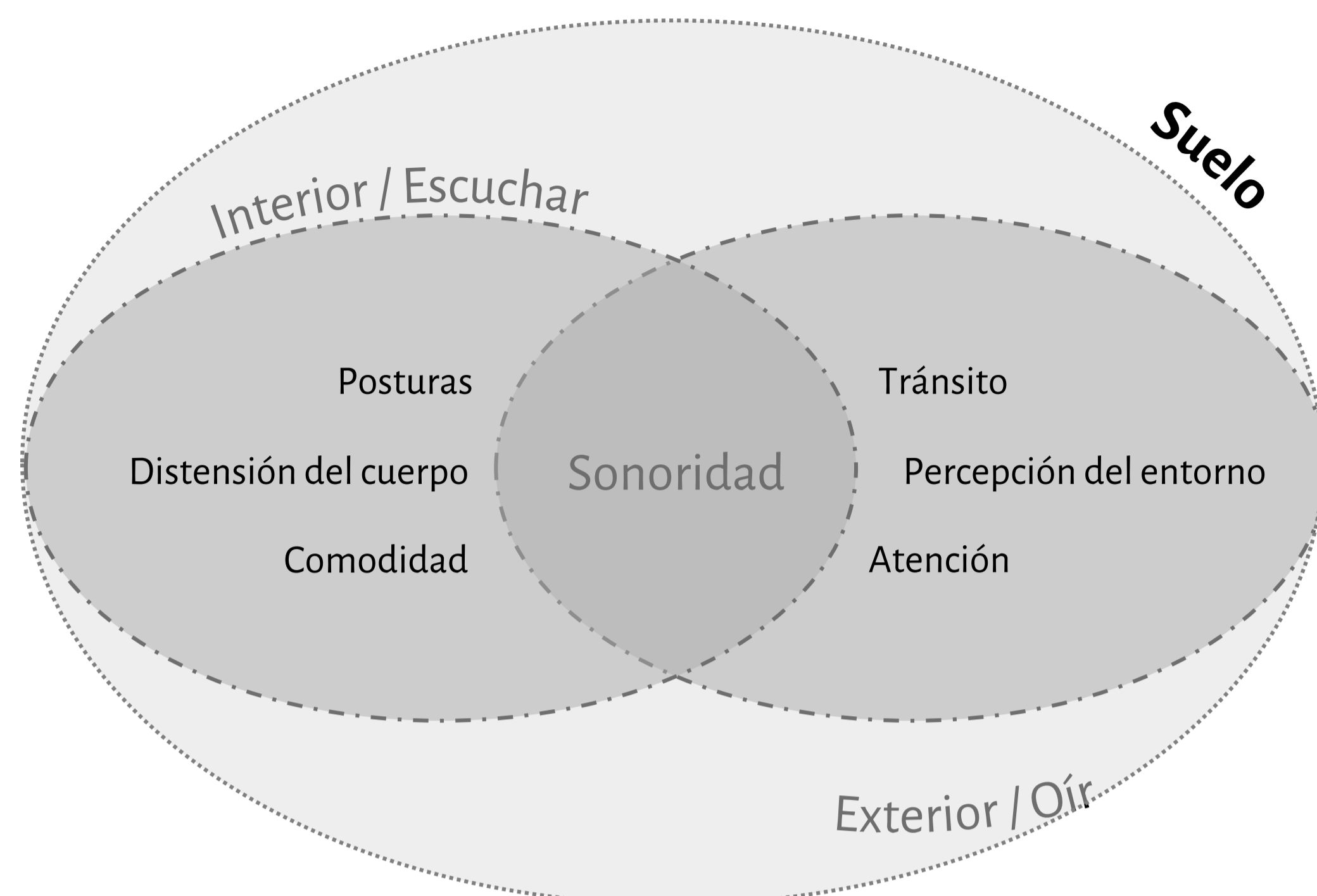
# Sonoridad como interacción entre lo audible y el suelo

El oír puede entenderse dentro de un concepto más amplio: la sonoridad. Este fenómeno se manifiesta en la percepción frente al sonido y que depende principalmente en la forma en que se configura el espacio en el cual el habitante da lugar a su estar.

En un interior (sin importar si es expuesto o no) se da paso al escuchar, visible mediante el uso del suelo a través de las posturas. El cuerpo busca una comodidad para recibir el sonido, se acomoda y distensa, esperando al sonido con una atención especial que enclaustra a los oyentes otorgando intimidad.

En cambio, en un exterior el sonido se da en colectividad. La agrupación de intimidades propias sumado a los estímulos ajenos dan al habitante un sentido de orientación, lo mantienen en estado de alerta mostrando los diferentes espacios de la ciudad por medio del ruido y las interacciones que producen estas señales.

Ambos distingos se proyectan también en el suelo. El ritmo de cada estar/lugar se muestra en cómo los habitantes lo usan, ya sea en la pausa del cuerpo o el tránsito del oír.



## Afirmaciones

1. El oír se encuentra dentro de un concepto más general, dependiente del espacio en que se manifieste.
2. Estos distingos generan en el habitar condiciones especiales, formas en que el habitante se desenvuelve en ellos.
3. Tanto oír como escuchar son influenciados por el suelo, en como también el habitante interactúa con él, y como este a su vez se proyecta en el estar.



4. Oír es compartir un espacio confrontado, crear una envolvente propia aislada y expuesta a lo público. Este lugar dentro de un lugar trae intimidad.



1. El chinchinero en su recorrer danzante marca un ritmo, un andar efímero que remarca un oír, un escuchar; este sonido usa un espacio proyectado en su recorrer, el suelo recoge este oír cuyos límites son el espectador.



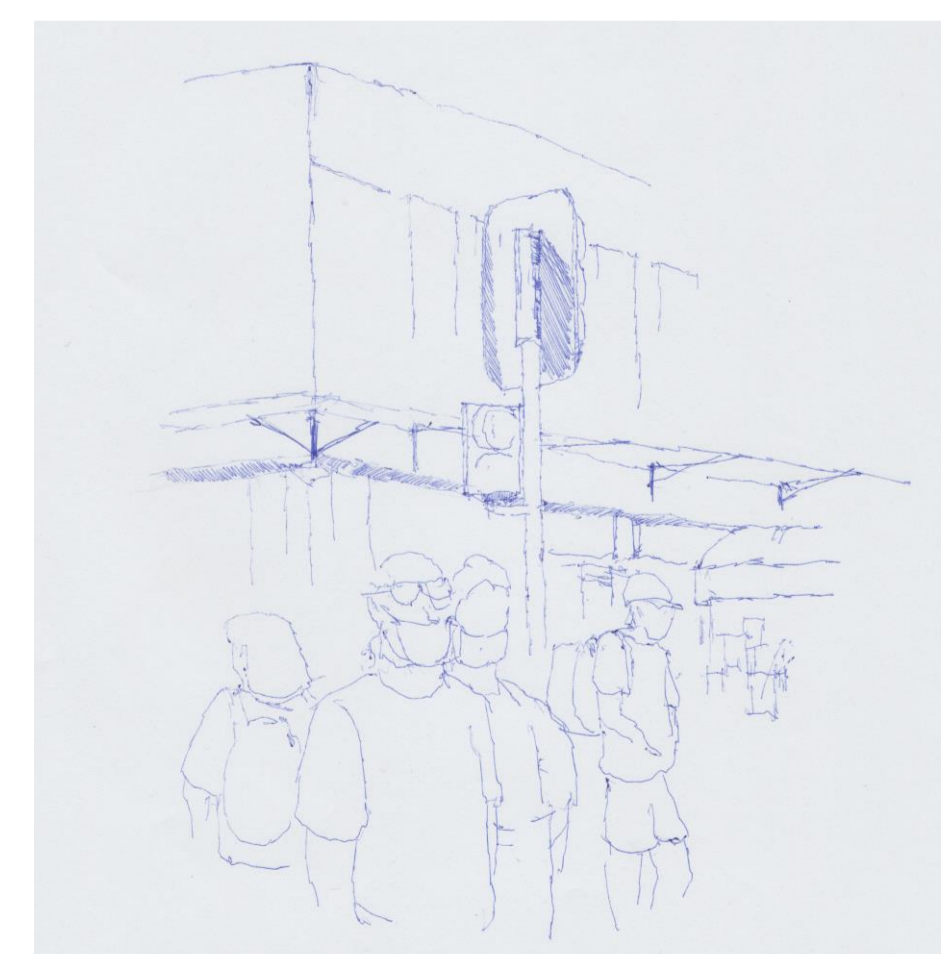
3. El oído adecua al cuerpo a un recibir oyendo. La postura ocupa un lugar en su extensión, se distensa y acomoda para escuchar.



8. El semáforo crea una ruptura en el transitar, el cruce evidencia una atmósfera propia que se sustenta en la atención. Se deja el paso como andar calmado y se convierte, en este abrupto limitar, en un paso atento.



12. El paseo se enmarca en sus límites dejando tras de sí una estela de sonido, una completitud al estar andando. Los sonidos funcionan como un contacto con el exterior y la horizontalidad limitada se convierten en un ruido palpable y transitable, se está inequívocamente andando.



10. Una señal – el semáforo- da un sentido del entorno en él. Gracias a él aparece la esquina, no como espacio observable a la vista, sino como presencia al oído